

á la libertad y á los estados, hizo una estudiada exposicion, para probar que no existia ninguna ley por la cual se pudiese juzgar á los comandantes generales, lo que aumentò el escandalo y el descontento. La mina pues estaba ya llena de combustibles, y el atentado de Inclán fué la chispa que la hizo reventar contra el gobierno de Bustamante. La imprenta independiente ya no habló mas que de tomar las armas para derribar la tiranía, y en todas partes se prepararon los partidos al combate, aunque con una calma aparente, propia de la índole de los mexicanos.

En medio de estos debates y de ideas tan encontradas, llegó la república mexicana á fines de 1831, y con el año parece que tambien se acabó la paciencia de los patriotas y de varios estados, que solo anhelaban una ocasion para derrocar la usurpacion y la tiranía, y llamar al presidente legítimo. Para todos los amantes de la república no podía menos de ser deplorable este prospecto, porque preveían las desgracias de una obstinada guerra civil en la cual debían perderse todas las ventajas materiales ganadas en dos años, siendo indudable que el pais había prosperado, pues en el año económico terminado el 30 de junio de 1831, las rentas de la federacion habían subido á 19 millones de pesos, habiéndolo á fines del año sumas considerables por cobrar en las aduanas, á pesar del gran contrabando que en todas partes se había hecho. Pero por otra parte, estas ventajas eran efímeras y en parte inútiles, tratándose de quitar al pueblo mexicano sus instituciones, y de someterle á un gobierno teocrático-militar; de consiguiente, ningun hombre liberal tachará la conducta de una nacion que arrojó todos los males de una guerra civil por restaurar su constitucion y sus libertades, y que estaba en el caso de decir con Tito Livio: *Justum est bellum quibus est necessarium, et pia arma quibus nulla nisi in armis relinquitur spes.*

PRONUNCIAMIENTO

DE LA GUARNICION DE VERACRUZ EN 2 DE ENERO DE 1832.

El día siguiente al en que el vice-presidente Bustamante abrió las sesiones del congreso general, manifestando lleno de satisfaccion, que el órden y la prosperidad reinaban en todos los ángulos de la república, se levantó sobre el horizonte de Veracruz una nube, cuya densa formacion se observaba hacia algun tiempo, pero que únicamente no descubría un ministerio orgulloso, demasiado confiado en su fuerza y reputacion; un congreso entregado ciegamente á la sabiduría de aquel, y el general Bustamante, tan miope en política, como lo es naturalmente de vista que, fiándose en ambos, creía que su administracion no podía ser derribada.

Las ideas del fogoso coronel Landero se llevaron á efecto en

Veracruz el 2 de enero. En la noche de éste día, se reunieron los gefes y oficiales de la guarnicion de aquella ciudad y del castillo de Ulúa, y en nombre de sus subordinados y no del pueblo, como si no fuera éste por quien y para quien todo debe hacerse en una república, acordaron un manifiesto en que expusieron las razones que tenían para juzgar al ministerio de Bustamante enemigo de las instituciones establecidas, por cuya causa caminaba precipitadamente la república á una revolucion, para evitar la cual creían necesaria la remosion de tal ministerio, confiando por otra parte en la adhesion al sistema que había manifestado el vice presidente, pero indirectamente declararon tambien, que no podían continuar obedeciéndole interin estuviese aconsejado por tales ministros, calificando de agente suyo al coronel Gaona que últimamente habían nombrado comandante de Veracruz, y á quien por tanto, no querían someterse. Concluía el manifiesto con cuatro resoluciones: por la primera, la tropa pronunciada ratificaba el capcioso y anticonstitucional plan de Jalapa de constitucion y leyes; por la segunda, se pedía al vice-presidente la remosion del ministerio, como declarado promovedor del centralismo; por la tercera se invitaba al general Santa-Anna á adherirse al pronunciamiento y á tomar el mando de las armas, y por la cuarta se dejaba á la discrecion del mismo general, el entenderse con el vice-presidente y con los estados, asi como el tomar las demas providencias necesarias para que tuvieran su cumplido efecto estas resoluciones. Inmediatamente fueron dos oficiales comisionados á presentar este nuevo plan al general Santa-Anna, que se hallaba en su famosa hacienda de Manga de Clavo, y como sin duda, todo estaba dispuesto de antemano, al momento se trasladó aquel á Veracruz, donde hizo una entrada triunfal por las espontaneas aclamaciones y victores del pueblo y tropa; pues el ardiente Landero no había cesado de recomendar en el Censor los eminentes servicios del general Santa-Anna, y especialmente su reciente victoria sobre los españoles en Tampico, cuyo aniversario del 11 de setiembre se había celebrado en Veracruz con empeño particular, como que el mismo Landero y otros oficiales participaban de la gloria de Santa-Anna, y Landero miraba ya á este como al gefe cuyo prestigio podía hacer triunfar al partido liberal. Santa-Anna, aunque sin duda bien dispuesto á sacar la espada contra el gobierno no por afecto á las instituciones liberales, sino por satisfacer su ambicion, y por vengarse del desprecio con que le trataba la faccion de Bustamante, hizo por de pronto el papel de conciliador ó mediador, entre la guarnicion y aquel, y en consecuencia despachó un expreso á México con el manifiesto citado, y pidiendo al vice-presidente que accediese á los votos de aquella tropa que él creía justos. Y como en el acto del pronunciamiento los oficiales se abstuvieron de decir nada sobre los ministros que deberian sustituirse ó los que queria destituir, Santa-Anna se apresuró á llenar este hueco esencial, indicando en carta confidencial á Bustamante que llamando al ministerio á Muzquiz y Camacho,

gobernadores entonces de los estados de México y Veracruz, se sosegarian los ánimos y que las cosas no pasarían adelante, estando él mismo decidido á sostener el actual orden de cosas, una vez removidos los ominosos ministros.

Por lo que sucintamente se ha expuesto en éste escrito, convendrá todo hombre liberal en que había bastante razon para sublevarse contra un gobierno usurpador, cuya conducta manifestaba á las claras su ódio á la libertad y su propension á subvertir la república, llevando gradualmente las cosas al establecimiento de una monarquía. Pero al mismo tiempo es preciso confesar, que el pronunciamiento de la tropa de Veracruz fué vicioso y contradictorio en la forma y en la substancia, y que causó prolongada guerra que hubiera sido mucho menos desastrosa, si desde luego se hubiera adoptado el principio único que debía invocarse. Pero apelar á una constitucion, sublevarse á su nombre y al mismo tiempo convenir tácitamente en que continuase infringida en su piedra angular cual es el presidente en una república federativa, y lo que es mas, invocar al mismo tiempo el bárbaro artículo 4 del plan de Jalapa, por el cual se habían trastornado todas las instituciones de la federacion, es una conducta que será incomprendible á todo sincero republicano, y que solo puede explicarse por el modo irregular en que ha machado la república mexicana desde que se constituyó, consistiendo esencialmente ésta monstruosidad, en que los gefes militares mandando tropa, han sido los que han llevado la voz del pueblo, ó mas bien los que han dirigido las cosas mas ó menos arbitrariamente, segun ha parecido conveniente.

Los gefes militares de Veracruz quisieron hacer una revolucion á medias, sosteniendo igualmente á medias la constitucion, á condicion de que el ministerio fuese removido; pero ellos mismos en su manifesto expusieron su falta de principios, y las miras personales por cuyo impulso obraban. En él declararon que el general Santa-Anna había sido invitado por varios estados á declararse contra Bustamante, lo que creían ocasionaría una revolucion espantosa, porque se extenderia á toda la administracion actual, cosa que aumentaria los males en vez de acortar ó modificar los que se resentían. Esto queria decir que los estados habían invitado á Santa-Anna á que proclamase al legitimo presidente Gomez Pedraza, y esto es justamente lo que debió hacerse, y lo que Santa-Anna no quiso hacer por su desmesurada ambicion, hasta que se vió estrechado á ello seis meses despues, viendo que los estados no le secundaban. Los gefes de Veracruz querían hacer aparecer su acto como de pacífica y legal peticion, pues todo el mundo sabe lo que es pedir una cosa con la pistola en la mano, de lo que se sigue que toda república en que los militares en actual servicio se mezclen en los debates públicos, será un campo de continuos desórdenes, como ha acontecido en todas las nuevas repúblicas americanas.

Por otra parte, si la declaracion insurreccional de los militares de Veracruz era contraria á los principios republicanos, fue

tambien muy mal calculada para la seguridad de los principales actores, pues si el congreso hubiera mostrado la sabiduría y prevision correspondientes, los ministros habrían sido removidos, pero remplazados por otros de las mismas ideas, y los que promovieron la insurreccion habrían tenido mucho que temer; porque cuando los partidos han llegado á sacar la espada, no hay seguridad para ellos sino en el poder, ó bajo la égide de la constitucion.

Los ministros conocieron desde luego las consecuencias de la llamada peticion de la tropa de Veracruz, y se apresuraron á presentar al congreso el parte del sr. Iberri, comandante general del estado de Veracruz, quien al remitir copia de la declaracion de la guarnicion sublevada de aquel puerto, se manifestó decidido por el gobierno, añadiendo, que consideraba en abierta insurreccion á la tropa por el solo hecho de haber entregado ilegalmente el mando de las armas al general Santa-Anna. Luego que se leyeron estos documentos en la cámara de diputados, el ministro Alamán hizo un discurso bastante hábil, tanto para defender ante el público los principios y conducta de su administracion, como para probar que el vice-presidente no podia acceder á una peticion á mano armada sin degradarse y dejar subvertir el orden público. No obstante, añadió, que él y sus compañeros tenían la firmeza necesaria, y medios mas que suficientes para someter á los sublevados, queriendo dar una prueba incontrastable de su moderacion, y que en ningun caso pudiera decirse, que por su causa personal se encendía una guerra civil, habían renunciado sus destinos ante el vice-presidente. Esta renuncia se publicó en aquellos días, asi como la negativa de Bustamante, lo que al mismo tiempo que era una declaracion de guerra contra el partido de la oposicion, prueba la especie de hipocresia política y contradicciones que tanto abundan en los hijos de un gobierno absoluto, pues si efectivamente los cuatro ministros estaban decididos á dejar sus destinos, que era ciertamente lo que debieron haber hecho, ni el vice presidente, ni el congreso tenían derecho para impedirselo.

No se manifestó bastante al público este negocio para poder juzgar si el vice-presidente estaba ó no decidido á aceptar la renuncia de los ministros, pero parece lo mas probable que Bustamante, lisongeado por un lado por los sublevados, é incierto por otro en la conducta que debía seguir en una crisis que no esperaba, se abandonó á la discrecion del congreso, en lo que, si nó obró con la política superior, de que es incapaz, y que requerian las circunstancias, se condujo á lo menos constitucionalmente, siendo un principio fundamental de los gobiernos representativos que el ministerio responsable debe sostenerse ó mudarse al gusto de la representacion nacional, pero tambien ésta debe deliberar en un sentido conforme al voto de la mayoría del pueblo y precaver en cuanto esté en su mano la guerra civil ó la discordia.

Por desgracia el congreso mexicano hizo entonces todo lo contrario de lo que debió hacer. En lugar de averiguar con proligidad las causas que habían conducido á sublevarse contra el go-

bierno la primera plaza militar, y al mismo tiempo el primer puerto de comercio de la república; en lugar de pedir cuenta al ministerio de las terribles consecuencias que debían seguirse del estado físico y moral en que había puesto las cosas el congreso, solo consideró que la llamada petición de Veracruz era una abierta insurrección, y que si se removía el ministerio, no había otro posible sino al gusto de los sublevados, quedando así el poder en manos de una facción. En consecuencia, ambas cámaras dirigieron un Mensaje al vice presidente, exhortándole á que no removiese el ministerio, en el concepto de que podía contar con el decidido y constante apoyo de la representación nacional, en cuantas medidas creyese conveniente adoptar para someter á los sublevados. Los diarios liberales censuraron esta conducta del congreso como anticonstitucional, porque decían que perteneciendo al presidente el libre nombramiento y remoción de los ministros, el congreso no debía influir en nada en esta coyuntura, y que con el mensaje coartaba la libertad al ejecutivo. Pero esta censura no estaba fundada en principios ni en la práctica de los gobiernos representativos, pues aun en las monarquías representativas de Europa, los monarcas se ven obligados á deferir á la opinión del Parlamento para nombrar ó remover los ministros, habiendo sido varios los mensajes dirigidos al rey de Inglaterra, con este fin, por la cámara de los comunes, y habiendo perdido la corona Carlos X por haber querido sostener un ministerio contra el voto expreso de las cámaras francesas.

El mal no estuvo pues en que el congreso mexicano interviniese en este negocio, sino en que lo hiciese con una parcialidad ciega en favor de los ministros, juzgando erróneamente la cuestión y el punto delicado á que habían llegado las cosas. El cuerpo legislativo debió haber considerado, que si bien es cierto que toda petición de gefes militares al frente de su tropa y en una plaza fuerte, es una petición á mano armada y de consiguiente ilegal y atentatoria á todos los principios constitucionales, siendo una verdadera insurrección, los ministros eran responsables de este desorden, primero, por haber exitado con el todo de su conducta fuertes y generales sospechas, de que caminaban directamente á subvertir la república, y segundo, porque habian tenido la imprevisión de dejar la tropa y plaza de Veracruz bajo el mando de unos oficiales que hacía ya tiempo se habían declarado en abierta oposición contra el gobierno, y que de consiguiente era de temer que hiciesen uso de sus armas para hacer triunfar sus ideas y su partido. Verdad es que el congreso no podía juzgar severamente al ministerio, porque en todas ocasiones había aprobado su conducta y sus medidas; pero si, según su opinión, el ministerio no había pecado en sus intenciones, era incuestionable que había delinquido por imprevisión, y en un gobierno responsable, no solamente se requiere tener buena intención, sino saber lo que se hace, porque tanto se peca por ignorancia ó descuido, como por malicia. Siendo el ministerio responsable del escándalo de Veracruz, el congreso

debió reprobarle y atacar la primera causa del mal; y en lugar de aconsejar al vice-presidente la conservación de tal ministerio, debió sugerirle que le removiera, aceptando su renuncia, y componiendo otro de hombres moderados y adictos al orden, que entonces era evidente tenían en su favor la opinión pública.

Dado este político paso, los sublevados quedaban moralmente desarmados; el general Santa-Anna, aunque á su despecho, se habría retirado á su hacienda, y el gobierno habría quedado con tanta ó mas fuerza que antes, puesto que el ministerio había sido removido no por temor de los sublevados, sino al contrario, porque no había sabido precaver la rebelión, quedando siempre en su mano remover los oficiales superiores de Veracruz, y poner en su lugar otros mas sumisos. Pero el congreso, ó no entendió, ó no quiso comprender esta doctrina; tampoco trató de pesar los males de una larga y obstinada guerra civil, y sacrificándolo todo á un mal entendido decoro, se dejó la resolución de la cuestión á la fuerza, contando demasiado con las byonetas, y despreciando el peso de la opinión. La república mexicana entró pues en otra nueva escena de sangre y desolación, desperdiciándose los millones de que tanto necesita para objetos de utilidad pública, para caminos y para escuelas. Pero acaso estos desastres eran por otra parte indispensables para destruir el poder militar, que es la plaga de la república mexicana, como de las demás de la América española.

Alamán y sus compañeros, ufanos y gloriosos con la aprobación del congreso y del vice-presidente, y con su negativa á aceptar su renuncia, hecha sin duda solo en apariencia y para hacer una demostración á los estados de desinterés personal y de amor á la paz, se prepararon con empeño á someter á los sublevados de Veracruz, considerándose ya plenamente autorizados para sacrificarlo todo hasta conseguir su objeto. Con la posible celeridad hicieron marchar toda la tropa disponible hácia el estado de Veracruz, pero antes de romper las hostilidades aun quisieron dar un paso conciliador. Con este fin enviaron un comisionado, quien unido con otros dos del sr. Camacho, gobernador del estado de Veracruz, y de los cuales el uno era vice-gobernador del mismo estado, pasaron á aquella ciudad á conferenciar con el general sublevado y sus partidarios.

Estando ya decidido que el ministerio no sería removido por lo mismo que se pedía á mano armada, no era difícil prever que este paso no tendría resultado ninguno favorable á la paz pública, y así se demuestra por el parte que dieron dichos comisionados al gobernador Camacho con fecha en Jalapa el 25 de enero, y que mandó publicar el gobierno para justificar su causa. Los comisionados de Bustamante, considerándole vice-presidente legítimo, condenaron la conducta de la tropa de Veracruz, porque decían que aunque era cierto el hecho alegado por los militares sublevados de que en los gobiernos libres sucede con frecuencia que la opinión pública obliga al supremo magistrado á cambiar sus ministros, tambien lo era que bajo ningún gobierno regular se procuraba éste cambio por alza-

mientos de la fuerza armada, sino por las vías legales de petición y por la manifestación libre de la misma opinión pública. El último que habló en la conferencia parece, según el parte, que fué el general Santa-Anna, quien sin duda desengañado ya de que la espada sería el único argumento competente para resolver la cuestión, manifestó que había sido invitado por varios estados para ponerse á la cabeza de los defensores de la constitución federal, amenazada de una ruina próxima; que en efecto, se había presentado en Veracruz, aunque solo, con el carácter de mediador, pero que una vez que absolutamente se quería remover el ministerio, desde el momento se declaraba jefe de la empresa para llevarla al cabo, y que no dejaría las armas de la mano hasta no libertar á los mexicanos del yugo que los oprimía, y restablecerlos en el goce de aquella libertad que él mismo había procurado á la patria por todas las acciones de su vida pública desde el año de 21. Esta declaración confiesan los comisionados ministeriales que fué recibida por la concurrencia con las más vivas aclamaciones.

Frustrada ésta negociación pacífica, se prepararon los dos partidos á medir sus fuerzas, no previendo acaso entonces ninguno de ellos el giro que después tomaron las cosas, pues ambos se lisonjearon demasiado con la idea del vencimiento, como sucede cuando los hombres consultan más á sus pasiones que á la razón: así, Landero hablaba con confianza en el Censor, de entrar triunfante en México en el mes de marzo, al paso que los ministros en el Registro oficial manifestaban que no importaba un ardite la sublevación de Veracruz, porque contaban con un ejército fiel, con dinero y con los estados. Para probarlo, exhibían diariamente las celosas declaraciones en su favor de los jefes militares, de los gobernadores de los estados, en que con efecto se exageraba con los colores más negros el atentado de la tropa de Veracruz, se manifestaba la más ciega adhesión á los ministros, como los únicos hombres capaces de hacer feliz la república, y se ofrecían en fin todos los recursos necesarios para sostener al gobierno. Pero estas celosas declaraciones perdían su valor para los que sabían que sus autores eran de la misma facción que había triunfado en Jalapa y cuya suerte estaba ligada á la de los estados, pues al contrario, la opinión de los pueblos, cuya voz llevaban, era más bien favorable á la empresa de Santa-Anna que al gobierno de Bustamante, al cual miraban con odio particularmente después del asesinato de Guerrero.

Santa-Anna por su parte no entró ligeramente en la contienda y sin calcular la fuerza de los partidos. La aduana de Veracruz cuando él tomó el mando de aquella plaza; tenía en cajas más de 400 mil pesos, y en créditos por cobrar bajo fianza en la misma plaza más de un millón; y para asegurarse éste importante recurso, tuvo buen cuidado de recoger las fianzas que existían en la misma aduana, pues los ministros de hacienda de la república mexicana han seguido en su administración la antigua rutina, sin adoptar el sistema comercial de letras de cambio, con lo cual Man-

gino hubiera tenido en su mano todos los derechos devengados, en lugar de que, luego que se pronunció Tampico contra el gobierno, quedaron todos ó la mayor parte en poder de sus enemigos.

La plaza de Veracruz contaba, cuando se sublevó, con el castillo de Ulúa, con cosa de dos mil hombres de tropa de línea, y además Santa-Anna era entonces tan popular entre los pueblos de la costa, que muy pronto reunió bajo sus banderas la mayor parte de rancheros ó jarachos, gente robusta que anda siempre á caballo, y con la espada toledana á la cintura. Veracruz es plaza de débiles murallas, pero sus baluartes en medio de un desamparado arenal, no dejan de ser formidables, y Santa-Anna no se descuidó en ponerlo todo en el mejor estado de defensa, lo que es fácil conseguir en medio de numerosos partidarios, tanto más entusiasmados, cuanto más difícil es la empresa. Por otra parte, el castillo de Ulúa es inespugnable, y menos sin una fuerte escuadra, y como aquella fortaleza domina la ciudad, aun cuando el gobierno por un esfuerzo pudiera tomar á ésta, le era casi inútil la conquista, porque apenas podría conservarla y la insurrección quedaba en pie en Ulúa, causando la alarma inherente á toda insurrección aprobada y secundada por un partido considerable.

Pero la fuerza temible de Santa-Anna no estaba en sus medios físicos, ni en sus fortalezas, sino en la opinión que había perdido el gobierno, á quien combatía, y éste es el secreto del buen éxito que siempre ha acompañado las empresas de este atrevido general, quien por otra parte cautivaba en aquella época la popularidad (que en el día ha perdido completamente) hasta en los más remotos ángulos de la república, por los laureles que consiguió en Tampico, siendo aquella mucho mayor en todos los pueblos de la costa por haberle visto marchar y vencer á los españoles. La imprenta independiente de México respondía á los ecos terribles de la de Veracruz, que reprehendía á los ministros su conducta sanguinaria y sus maquinaciones contra la libertad, y aun contra la independencia, pues hasta se les suponía en inteligencia secreta con el gobierno español. Todo esto producía una fuerte impresión y más sostenido por un general como Santa-Anna. Su grito contra los ministros no llenaba las miras de los estados descontentos, que ya preveían su ambición, y menos la especie de protesta que se hizo en el acto del pronunciamiento de sostener á Bustamante; pero enteramente disgustados con su administración y alarmados por la tropa con que los observaba é indirectamente oprimía, hacían votos por la empresa de Santa-Anna, pues temían menos el triunfo de éste, que el de un gobierno que, una vez que sometiese por la fuerza á sus oponentes armados, quedaba en aptitud de proclamarse absoluto y destruir la república, á lo que se vería también impelido por el mismo ejército triunfante, siendo público el odio de la mayor parte de sus oficiales á las instituciones federales. Así es, que las legislaturas independientes y verdaderamente populares de los estados de Zacatecas, Jalisco y Tamaulipas, se apresuraron á pedir al vice-presidente en el mismo me-

de enero, que aceptase la renuncia de sus ministros para evitar una sangrienta guerra civil, pero el obstinado Bustamante contestó con arrogancia que esto era contrario á sus prerrogativas, escudándose además con el mensaje del congreso. Esta respuesta no podía satisfacer á aquellos estados, ni á ningun hombre imparcial que conocia la situacion difícil de la república, y desde entonces pudo preverse que los tres estados mencionados, á poco que se prolongase la guerra, tomarian partido contra el gobierno.

El ministerio no desconocía la fuerza de la opinion, pero contando demasiado con las preocupaciones de sus compatriotas, en las cuales nunca deberian apoyarse ministros verdaderamente ilustrados, trató de mover todos los resortes para hacer recaer la odiosidad popular sobre sus antagonistas. Se supo luego en México que el vice-cónsul ingles en Veracruz, D. José Welsh, había sido uno de los que con mas calor se declararon en favor del movimiento del 2 de enero, y prevaliéndose de este hecho aislado, el Registro oficial publicó artículos virulentos contra los extranjeros establecidos en la república, asentando la barbaridad que los buenos mexicanos no podían ver con gusto en manos de extranjeros la mayor parte del comercio de la república. El ministro inglés se apresuró á quitar el vice-consulado al señor Welsh, pero al mismo tiempo, unido con los ministros de Francia y de los Estados-Unidos, reclamaron al gobierno contra las insidiosas publicaciones hechas en un diario oficial, que en medio de un pueblo ignorante podian conducir á suscitar persecuciones á los súbditos de sus respectivas potencias. El gobierno se vió obligado á cantar la palinodia en el Registro, pero le hubiera valido mas no haber dado lugar á ello, siendo verdaderamente vergonzoso que, por conservarse en el mando, apelen los hombres á tal barbaridad, como realmente es todo lo que conduce á exitar pasiones salvages contra los naturales de otras naciones, cuando el primer interés del pais, la condicion mas esencial para su prosperidad, está en que se aumente su número cuanto sea posible. Sin embargo, el ministerio obtuvo del congreso un decreto para poder expulsar del pais á todo extranjero que creyese perjudicial al orden público. Los ministros extranjeros no reclamaron contra esta medida arbitraria, porque tal es todavía el derecho bárbaro que rige en Europa, excepto en Inglaterra. Los comerciantes y artesanos extranjeros, observando tan malas intenciones en su respecto, acabaron de mirar como á su enemigo natural al gobierno de Bustamante, y ansiron por su caída. El partido de Santa-Anna pudo muy bien prevalerse con ventaja de la mas marcada odiosidad contra los españoles, proclamando su absoluta expulsion, siempre popular, pero Santa-Anna, Landero, Rocafuerte y los demas hombres influentes, no querian hacer daño á los españoles establecidos, considerando su expulsion como perjudicial, y tuvieron la generosidad de abstenerse de un medio de ataque reprobado, lo que siempre les será glorioso, tanto mas cuanto que los españoles por los motivos que he indicado anteriormente, todo lo temian del movimiento de Santa-

Anna y deseaban de consiguiente que prevaleciese el gobierno de Bustamante.

Con un congreso tan dócil como el con que contaba Alamán, las medidas legislativas estaban siempre á la mano para sostenerle, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Así es, que desde principios de febrero se publicó un decreto del congreso, dirigido evidentemente contra Veracruz, por el cual se declaraba cerrado al comercio cualquier puerto que se sustrajese de la obediencia al gobierno, obligándose á los comerciantes á satisfacer los derechos pendientes en las oficinas mas próximas que continuasen subordinadas al gobierno. Al mismo tiempo se promulgó otro decreto, declarando destituidos de sus empleos á los sublevados, y haciéndoles responsables con sus bienes de todos los fondos que tomasen de la hacienda pública, de corporaciones ó de particulares. Estas disposiciones habrian sido eficaces para un gobierno de mas popularidad que el de Bustamante, quien perdía terreno todos los dias en proporcion al empeño del congreso en sostenerle. El decreto para quitar el comercio á Veracruz, sufrió alguna oposicion por parte de los comerciantes de aquella ciudad, que eran individuos del congreso, los sres. Viya y Echeverria; pero estos diputados, oponiéndose á la medida, solo dieron prueba de su poca capacidad política y poca prevision, porque era una muy pobre contradiccion haberse puesto del lado del ministerio y no prever que para reducir á Santa-Anna era necesario no solamente destruir el comercio de Veracruz, sino tambien la misma ciudad, como se hubiera verificado despues, si los oficiales del gobierno hubiesen tenido una resolucion proporcionada á sus deseos. Por otra parte, el ministerio, declarando cerrado el puerto de Veracruz incurria en el redículo de adoptar una determinacion sin medios para llevarla á efecto, pues toda su escuadra consistia en dos ó tres miserables goletas, cuando Santa-Anna contaba con toda clase de recursos para armar buques suficientes, no solamente para conservar libre el puerto, sino tambien para llevar la insurreccion á otros puntos de la costa, como sucedió despues. Tampoco adelantó nada el ministerio con declarar nulos los pagos de derechos que se hiciesen en Veracruz, porque, estando en general indispuerto el comercio contra el gobierno, los comerciantes tenian el pretexto de las fianzas existentes en la aduana, para manifestar que se habrian visto obligados á pagar en ella, y en todo caso se negaron á satisfacer en México, interin no se les devolviesen las fianzas. De esto se deduce, que cuando un gobierno tiene contra sí la opinion, le es muy difícil sostenerse, y que sus mas acertadas medidas quedan frustradas.

Se publicó tambien una amnistía, sujetando solo á los principales gefes á una expatriacion temporal, pero fué recibida en Veracruz con desprecio é indignacion, lo que aumentó la importancia y el mérito de los sublevados, al paso que degradó al gobierno, pues ofrecer perdon á un partido cuya fuerza todavía no se ha ensayado, es manifestar una mezcla de

arrogancia y debilidad que repugna al buen sentido. En la discusión del decreto de amnistía se aumentó por otra parte el escándalo contra el gobierno, pues el senador Pacheco Leal, no solo atacó al ministerio con todos los cargos de que hasta entonces le acusaba la opinion pública, sino que justificó el movimiento de Veracruz, como el único recurso que quedaba ya á los patriotas para salvar la república y la libertad.

Como que el ministerio obró desde un principio con toda la resolución que el caso requería, estando decidido á no ceder, para fines de enero tenía ya reunidos en Jalapa cosa de cuatro mil hombres de buena tropa, cuyo mando se confió al viejo general Calderon, y el mismo ministro Facio salió de México con pertrechos, artillería y dinero para activar la campaña. Luego que se organizó esta division, se puso en movimiento hacia Veracruz, pero sea por las esperanzas que aun tenía el ministerio de componer el negocio sin disparar el cañon, sea por la dificultad de trasportar la artillería gruesa, la tropa ministerial avanzò tan lentamente, que hasta mediados de febrero se detuvo en el puente nacional, y solo á fines del mes llegó la vanguardia á Santa Fé, distante 3 leguas de Veracruz. En todos los dias de esta pausada marcha el Censor de Veracruz no cesó de prodigar insultos á la tropa del gobierno, denominandola el grande ejército y burlándose de su *paso de tortuga*. Y como los generales Iberri y Rincon, habian tomado el mando de las brigadas á las órdenes de Calderon siendo todos tres avanzados de edad, el mismo papel los calificó de *viejos ó viejecitos*, cuyo apodo se generalizó desde entonces á todo el partido ministerial, denominacion trivial, pero que no dejaba de tener su significado, porque en efecto, la guerra era de lo nuevo contra lo viejo, siendo unánime el partido dominante entonces en su apego á todas las tradiciones y leyes del viejo sistema español.

Apénas había llegado á Santa Fé la vanguardia de la division del gobierno, cuando Santana, siempre espiando el momento de dar una sorpresa, y guiado acaso por el antiguo adagio, de que el que dá primero dá dos veces, salió de Veracruz la noche del 24 de febrero con sus famosos *jarochos* y dos compañías de infantería, acompañado por el intrépido Landero, y pasando por el flanco de la vanguardia, casi á su vista sorprendió á dos leguas de Santa Fé un convoy de municiones y dinero, que aprehendió juntamente con unos 300 hombres que le escoltaban, con todo lo cual entró triunfante en Veracruz el dia siguiente. Es probable que el comandante de esta escolta se pusiese de inteligencia con Santa-Anna, pero lo cierto es, que la infantería se le pasó inmediatamente con víctores al vencedor de los españoles, y que la caballería despues de rendida con algunos muertos y heridos, fué arengada por el mismo Santa-Anna, y abrazó igualmente su partido, empezando así aquel á engrosar sus filas con los mismos soldados que se enviaban para someterle. Este encuentro, aunque en sí mismo de pequeña importancia, lo fué de mucha por ser el primero de la campaña, y porque probó de malos auspicios para

el gobierno, no solo por la pérdida de los soldados, sino porque indicaba una defeccion en la tropa que debía inspirar sérios temores á los ministeriales. No desconocieron ésto ni Alamán ni Fácio, y así hicieron inmediatamente un expurgo escrupuloso en los cuerpos, de todos los oficiales de la division de operaciones, separando del mando á varios que no consideraron dignos de confianza, sobre cuyo importante punto se interceptó y publicó en aquellos dias la correspondencia entre los dos ministros.

Los diarios del ministerio levantaron el grito contra Santa-Anna por haber sido el primero en derramar la sangre de sus compatriotas, únicamente por la criminal ambicion con que trataba de apoderarse de la presidencia á la fuerza, por cuyo logro decían que, cual otro Catilina, estaba dispuesto á reducir su pátria á cenizas. Este punto grave de la nueva presidencia, era el que realmente se agitaba entre los dos partidos, pues de tal manera están las cosas dispuestas entre los mexicanos, que la eleccion, exceptuando únicamente la primera, ha sido hasta ahora ganada por el partido favorecido por la suerte de las armas, y era de preveer que la presidencia seria adjudicada al gefe del partido que saliese victorioso de la presente contienda. Los patriotas respondían que Santa-Anna había atacado en justa defensa, pues que realmente las hostilidades habían empezado desde que la tropa del gobierno se había movido de Jalapa para Veracruz, y que la culpa de todos los males que se siguiesen, seria de los perversos ministros, que por no dejar su puesto, armaban á hermanos contra hermanos. Pero las razones entre los partidos deben considerarse antes de haberse formado, porque despues de puestos en prosencia, aquel que tenga la opinion popular á su favor, siempre tendrá tambien la razon. Así es, que lejos de que el público en general desaprobase á Santa-Anna haber sido el agresor, aplaudió su buen suceso, y por todas partes se reanimó el espíritu antiministerial con la noticia del *coup de main* del caudillo popular, como se observó prácticamente en Tampico, donde el pueblo y tropa apenas disimulaban su alegría.

Pero cuando los hombres forman cálculos demasiado alegres, y sacan exageradas consecuencias de pequeños sucesos, la cuenta suele salir errada: así sucedió en esta vez á Santa-Anna y Landero. Persuadidos éstos caudillos de que solo su presencia bastaria para ganar á su partido la mayor parte de la tropa de Calderón, en vista de la facilidad con que se había pasado á sus banderas la del convoy, y mas con la retirada de aquel general hasta el Puente Nacional, dispusieron á los pocos dias una segunda salida con casi toda la tropa y *jarochos* de Veracruz, cuyo número ascendería á unos dos mil hombres. El valiente y generoso Landero guió la marcha con toda la impetuosidad que le era genial, pero no tuvieron necesidad de avanzar hasta el Puente, porque el 3 de marzo se encontraron con toda la division ministerial en órden de batalla, en el pueblo de Tolomé, punto intermedio entre Veracruz y el Puente. La tropa de Santa-Anna llegó sumamente fatigada, sin artillería, y segun se dijo, mas harta de bebidas es-

pirituosas que de alimento; pero Landero, sin reparar en la superioridad numérica de la tropa ministerial que no bajaba de tres mil hombres, ni en la ventaja de su posición, persuadido de que gran parte de sus compañeros de armas sentirían el mismo entusiasmo por la libertad que ardía en su pecho, y que el conflicto se acabaría en abrazos, se arrojó contra las columnas ministeriales y su artillería á la cabeza de su valiente batallón núm. 9. La mayor parte de estos intrépidos, incluso el mismo Landero y su segundo Adonaegui, encontraron muy pronto una muerte honrosa; y cuando Santa-Anna hizo avanzar su caballería que consistía casi toda en indisciplinados *jarochos*, estos buyerón en desorden á la primera demostración de la buena caballería del gobierno. El batallón núm. 2, que era el único recurso que quedaba á Santa-Anna, se vió en seguida arrollado por fuerzas superiores de manera, que en el corto espacio de dos horas se vió aquel general casi solo, y expuesto él mismo á caer prisionero, de lo que se salvó por casualidad á favor de las sombras de la noche, que enubrieron su huida hácia á su hacienda con solo dos ayudantes, y de allí se trasladó al día siguiente de mañana á Veracruz, en el estado mas triste y abandonado.

La victoria de Tolomé fué completa para el gobierno, pues Santa-Anna perdió en la jornada todas sus fuerzas, y lo que es mas, á Landero, cuya pérdida fué verdaderamente lamentable, porque poseía una ilustración y liberalidad no comun entre los militares mexicanos, y era de consiguiente digno de influir en los destinos de su patria. El Censor de Veracruz aseguró entonces que éste benemérito jefe había sido asesinado, despues de hecho prisionero, lo que es demasiado atroz é indigno para atreverse á afirmar. Todo puede sin embargo creerse del furor de las guerras civiles; mas en obsequio de la verdad debe decirse, que desde un principio se observó que el ministerio y sus jefes miraron esta guerra con mas respeto que la del Sur, por lo cual los oficiales aprehendidos en Tolomé fueron tratados como prisioneros de guerra, sin que se les sometiese á juicio. Se dijo tambien entonces, que el coronel Merino, uno de los partidarios mas decididos del ministerio, lloró sobre el cadáver ensangrentado de Landero, cuyas lágrimas pudieron ser sinceras, porque los hombres en las guerras civiles sin desprenderse de los sentimientos de la amistad, siguen la bandera de su opinion, y el mismo Landero muerto tenía otro hermano entre los mas celosos defensores del ministerio, contra el cual murió peleando.

Las consecuencias de la batalla de Tolomé pudieron ser por de pronto decisivas para el partido de Bustamante, si el general Calderon, aprovechándose del terror que naturalmente debía suponer en sus contrarios, marcha rápidamente sobre Veracruz y emprenden su asalto sin mas espera. Esta plaza al día siguiente de la derrota de Tolomé, apenas contaba con 200 hombres de tropa para defender sus muros, y aunque la presencia de Santa-Anna era de bastante importancia para haber aumentado algo sus defensores

es casi seguro que la aparición de la tropa victoriosa hubiera, comunicado el desaliento aun en los pechos mas animosos, y que Santa-Anna y sus partidarios habrían juzgado prudente abandonar la ciudad y retirarse al castillo. Pero Calderon, considerando ligeramente concluida la campaña, solo pensó por de pronto en dirigir al gobierno un pomposo boletín; en seguida, con mas humanidad que Napoleon, se dedicó al cuidado de los heridos, y luego no se atrevió á moverse sin su artillería de sitio, cuyo transporte es tan difícil en los malos caminos. Sea por esto, ó por otros motivos, Calderon avanzó con pies de plomo cuando debiera haberlo hecho con alas de águila, y habiendo hecho alto otra vez en Santa Fé, no se situó á la vista de Veracruz sino hasta fines de marzo, en momento en que ya Santa-Anna y sus partidarios estaban en muy distintas y mas alhagüñas circunstancias, gracias á la actividad de los jefes y oficiales pronunciados, en especialidad los valientes coroneles Arago y Mejía.

PRONUNCIAMIENTO

DE TAMPICO Y DEL ESTADO DE TAMAULIPAS.

Desde mucho antes que Santa-Anna levantase el estandarte contra el gobierno de Bustamante, se notaba ya en Tampico síntomas graves de descontento; pero al paso tambien se hallaban con mando en esta ciudad los mas celosos partidarios de aquel, tales eran el comandante del punto, y del batallón de Pueblo Viejo, Ramirez, el general Mora, titulado comandante principal del estado, y D. Romualdo A. de Segovia, alcalde 1.^o en el año de 1831. A pesar de esto, los principales mexicanos ó de mas influjo en la nueva Tampico, Rosell, Castilla, alcalde 2.^o, D. Mariano Andrade, comisario, y D. Felipe Lázos, administrador é interventor del estado, se declararon mas ó menos contra el gobierno, desde la muerte del general Guerrero, y particularmente Rosell no disimulaba su opinion, ni aun al mismo general Mora, de que la facción de Bustamante caminaba directamente al despotismo, y los papeles de la oposicion confirmaban á todos diariamente en este modo de pensar. En consecuencia, el movimiento de Veracruz fué recibido en Tampico con muestras inequívocas de aprobación, en lo que concurrió el comercio extranjero por los antecedentes que se han indicado. Los comandantes Ramirez y Mora se mostraron igualmente celosos en sostener al gobierno, y así se apresuraron á cumplir sus instrucciones, levantando una línea de parapetos al Este de la ciudad, en un llano denominado el espartal, empleando el batallón de Pueblo Viejo en estas obras, cuyo trabajo forzado no contribuyó poco á aumentar el descontento, aunque unos soldados que tres años antes habian peleado en el mismo parage á las órdenes de Santa-Anna contra los españoles, no necesitaban de estímulo para hacer votos por su querido general y declararse en